



Desde

**12**

años





# EL RESCATE

CARLOS VILLANES  
ISABEL CÓRDOVA

ILUSTRACIONES DE ANA AZPEITIA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Ana Azpeitia

Ilustración de cubierta: Stefanie Pfeil

© 2012, 2001, Carlos Villanes

© 2012, 2001 Isabel Córdova

© Esposa Libros, S.L., sociedad unipersonal

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3124-6

ISBN 10: 958-42-3124-3

Primera impresión: enero de 2013

Segunda impresión: septiembre de 2013

Tercera impresión: enero de 2014

Cuarta impresión: julio de 2015

Quinta impresión: noviembre de 2016

Sexta impresión: febrero de 2018

Séptima impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## CARLOS VILLANES(biografía)

Carlos Villanes. Nací en Perú. Soy doctor en Filología Hispánica y en Literatura, crítico literario y asiduo colaborador en revistas de España y América Latina. Resido en Madrid desde 1984. Algunas de mis obras han sido galardonadas con el Premio Gran Angular y han sido reconocidas con la selección en el Mirlo Blanco y por el Banco del Libro de Venezuela. Prefiero los temas realistas arrancados de la vida y de la historia, pero intento darles un toque mágico de creación y procuro cuidar mucho la expresión literaria.

## ISABEL CÓRDOVA

Isabel Córdova Rosas (Huancayo, Perú). Reside en Madrid desde 1986. Ex-Directora del Instituto Nacional de Cultura de Junín, Perú, y catedrática de la Universidad Nacional del Centro. Hizo los doctorados de Filología Hispánica, Antropología Social e Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid. Periodista y crítica. Dirige Correo de América. Recibió el Premio Ayuntamiento Ciudad de Huancayo por el estudio *Los dioses tutelares de los Wankas* y su libro *La narrativa de Junín*, considerado de gran importancia para la lectura infantil y juvenil. Con *Literatura oral andina para niños* recibió el Premio al Fomento Cultural, y en 1990 su libro *Pablo Neruda para niños* fue seleccionado por el Banco del Libro de Venezuela como uno de los mejores libros infantiles publicados en lengua española.



# ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| La piedra mágica .....                              | 9   |
| La fuga del monstruo .....                          | 23  |
| <i>Tino</i> y <i>Martín</i> .....                   | 33  |
| El nuevo tesoro .....                               | 43  |
| Vientos contrarios.....                             | 55  |
| La gigante silenciosa .....                         | 71  |
| El gigante bueno .....                              | 83  |
| El cortocircuito de las<br>anguilas eléctricas..... | 97  |
| Una llamada de urgencia.....                        | 109 |
| La decisión arriesgada .....                        | 119 |
| El gran asalto.....                                 | 129 |
| Epílogo .....                                       | 139 |





1.

## LA PIEDRA MÁGICA



**C**uando El Niño<sup>1</sup> se despierta, tiembla el mundo, crecen los vientos, los mares se encrespan y golpean alocados las costas apacibles. Las aguas inundan ciudades y las lluvias convierten las calles en torrenteras.

Entonces, los ríos pequeños se envalentonan y desafían a los asombrados habitantes de sus orillas, y todos, ante la furia de la naturaleza, se ponen a temblar.

---

1. Fenómeno meteorológico de carácter cíclico que afecta a las costas de Perú y provoca grandes devastaciones en muchas partes del planeta.

En la selva, los grandes ríos duplican su caudal y llevan entre sus aguas troncos y animales, mientras rugen como panteras, como leones enjaulados que se disuelven en lamentos, hasta que la furia de las aguas se aleja y deja tras de sí un extraño silencio. Pero, de pronto, vuelve a crujir el agua con su acostumbrada furia de siglos.

Ya de noche, desde su ventana, Paloma podía ver el río que avanzaba como una gran mancha de petróleo en medio de la oscuridad. A lo lejos, las fieras de verdad rugían inquietas y molestas, y sus voces algunas veces parecían doloridos lamentos humanos.

—Hay una fuerte crecida, madre —dijo la chica.

—Sí, y arrastra de todo —le respondió su madre y ensanchó la mirada, que en la semioscuridad dejaba relucir sus grandes escleróticas blancas sobre las que parecían flotar sus ojos negros.

—¿Crees que llegará hasta aquí? —tembló Paloma.

—Posiblemente no, estamos en la parte alta, pero con estos climas tan cambiantes y El Niño alborotado, ya nadie sabe nada, ni está libre de cualquier cosa.

En el leve sudor de Paloma se reflejó la luz poco generosa de la habitación.

—Ahora duérmete —le indicó su madre—, mañana muy temprano si baja la crecida podrás encontrar muchos peces.

Una luz débil y titubeante se filtraba por las rendijas; iba a ser un día de sol dorado pero todavía el cielo estaba rojizo y malva. La selva despertaba al nuevo día y Paloma sintió que una mano cariñosa la movía.

—El coletazo de El Niño por el momento ya pasó —dijo la mujer, y contempló cómo la chica se desesperaba y puso en sus manos un cesto de mimbre—. En el légamo de la orilla encontrarás alguna cosa. Date prisa y no te entretengas con nada.

La madre sabía que en lo profundo de la selva hay muchos encantamientos, árboles que tienen poderes, troncos que engañan, hojas que acarician y producen ensoñaciones; animales que se transforman en seres maravillosos y raptan a las incautas, y hombres que son infinitamente buenos, pero también los hay que andan en tratos con los seres malévolos.

Paloma asintió; presurosa cogió la cesta y descendió por la escalera exterior de su casa flotante. En realidad, era un palafito construido sobre troncos, como casi todas las casas de la selva, porque allí los desbordamientos de los ríos son frecuentes y también las lluvias torrenciales que inundan los campos y convierten todo aquello en un milagroso y bellissimo jardín.

La chica bajó la pequeña cuesta hacia la orilla y descubrió que la riada había sido muy fuerte, que las orillas habían avanzado, aproximándose hacia el pueblo y posiblemente en el momento más crucial habían subido

varios metros, pero las aguas ya estaban dentro de su cauce normal y, efectivamente, entre la maleza de la orilla espejeaban las colas de los peces atrapados. Paloma sonrió agradecida.

Había peces. Muchos peces atrapados entre líquenes, algas y lianas que se enmarañaban como una esponjada cabellera verde sobre la breve colina en la que, durante la noche, el río había trepado desafiante, atrevido y rugidor.

La chica recogió rápidamente los peces que todavía agonizaban y cuando la cesta ya estuvo llena dio un suspiro de alivio. Había bocachicos, jutías gordas, algún salmón extraviado y una trucha desconsolada. Tendrían comida para semanas porque al llegar a casa salaría el pescado, lo tendería al sol y después de varios días quedaría listo para un festín.

—Bien —sintió que la cesta pesaba—, ya tengo bastante.

Hizo un esfuerzo y de un solo viaje se llevó la pesada carga al hombro y se aprestaba para el retorno.

Entonces, una voz extraña la dejó de una sola pieza.

Miró con nerviosismo de un lado a otro pero no encontró a nadie y eso, en vez de calmarla, la alarmó mucho más. Se quedó unos instantes sin moverse y hasta contuvo la respiración para oír mejor. Y, de pronto, otra vez:

—Paloma, ¡estoy aquí!

La chica se sobresaltó. Dejó caer su cesta llena de peces y casi paralizada por el miedo tan solo atinó a mirar por los alrededores.

No había nada ni nadie. Apenas el cansado rumor del río que se iba.

—Paloma, ¡no me dejes! —dijo la voz en un tono débil pero afilado, que calaba hasta los huesos.

Se sobresaltó de nuevo y un aire frío, como un soplo de hielo, le recorrió la columna y se detuvo en su cerebro.

Paloma sabía que en la selva habitan muchos seres misteriosos, que engañan y embrujan a las chicas solitarias: el demonio que rapta y transforma a las doncellas, el de pies de cabra que les succiona la sangre, el ave solitaria que canta entre las tinieblas y las enloquece, los múltiples animales que adoptan forma humana para engañarlas. Existen tantos misterios que uno debe cuidarse hasta de los malos vientos como tantas veces se lo habían contado su madre y su abuela. La chica se santiguó, llena de desconcierto, y se volvió de un lado a otro sin saber qué camino tomar.

—Paloma, estoy atrapado junto al gran árbol abatido; por favor, ayúdame —repitió la misma voz con un tono cada vez más exangüe.

—¿Quién eres? —preguntó dándose coraje a sí misma, y luego respiró profundamente, pero cuando exhalaba el aire sintió que casi desfallecía por el susto.

—El Pez Dorado —dijo la voz con un tono que, viéndolo bien, también parecía extinguirse.

Paloma se paró en seco y pensó que en la selva también viven espíritus buenos porque desde muy pequeña había oído viejas y maravillosas historias, entre ellas la del Pez Dorado. Se volvió y descubrió, efectivamente, un gran tronco abatido por la furia de El Niño y sin pensarlo más se aproximó a él, y allí, entre el humus verde, una chispa dorada se retorció entre lianas y líquenes desconocidos.

Se acercó más y vio un pececillo; aleteaba entre la ciénaga pero brillaba como el mismo sol del amanecer.

Paloma se deslumbró y quedó como embobada.

—No te quedes ahí parada, sácame de aquí y tírame al agua.

Pero la chica no reaccionaba. En realidad el Pez Dorado era como un carbón encendido pero brillante y de oro purísimo.

—Por favor... —insistió el pez—, me ahogo.

—Yo... —balbuceó la chica—, tú... ¿es cierto que tú tienes grandes poderes?

—Si me devuelves al agua te daré lo que me pidas.

—¿No estaré soñando? —preguntó, todavía indecisa.

—Que no, pero si me dejas un poco más seré yo quien duerma para siempre —dijo el pez, como si se asfixiara—. Si me ayudas te daré la piedra mágica.



Paloma lo cogió suavemente por la cola. No tenía la textura gelatinosa de otros peces, parecía de terciopelo y brillaba como una lámpara de alto voltaje. Mientras lo llevaba al agua le dijo:

—Oye, yo te iba a salvar de todas maneras, dudé porque tenía miedo de que fueras alguna aparición fantástica, de esas que engañan a los humanos y luego son muy dañinas.

—Entonces, tu acción tiene mucho más mérito y con mayor razón te daré lo que te he ofrecido —dijo el Pez Dorado con una vocecita que parecía como salida de una campana de cristal—. Gracias, amiga.

En el agua el pez recobró la vida y se alejó veloz como una flecha.

Poco después retornó y en su boca traía una pequeña piedra de color negro pero con una especie de incrustaciones de oro que relumbraban. En realidad, eran como pequeñas rendijas por donde, desde el corazón de oro, se escapaban minúsculos destellos cegadores.

El pez se aproximó a la orilla, sopló y la piedra dio un pequeño salto y cayó en la palma de la mano de Paloma.

—Te concederá todo lo que tú le pidas, pero guárdala con mucho cuidado porque en malas manos podría ser muy peligrosa.

La chica apenas atinó a decir: «Gracias». La piedra la tenía deslumbrada, todo el pueblo sabía las maravillosas



historias de la piedra mágica del Pez Dorado y ahora que fulguraba entre sus dedos no terminaba de creérselo.

—Adiós, amiga —dijo el pez y se sumergió entre una pequeña estela de burbujas.

—Gracias —atinó a decir nuevamente Paloma, se puso el cesto de mimbre en los hombros y trató de correr hacia su casa.

Después del suculento desayuno, Paloma salió disparada en busca de su amigo Martín y lo encontró en la ribera del río buscando cosas raras que la crecida de El Niño también había dejado. Tenía entre sus manos un *walkie-talkie* repintado de herrumbre por las aguas y un abrelatas multiusos como recién salido de fábrica, que debió de ser arrancado a su dueño no haría mucho y por eso el agua no lo había estropeado todavía.

—Ni te imaginas lo que guardo aquí —le dijo Paloma y señaló con el dedo una pequeña bolsa de cuero de serpiente que llevaba colgada del cuello.

El chico entrecerró los ojos como para descubrir de qué se trataba:

—Una sortija de brillantes y unos pendientes de rubí —dijo Martín, exagerando la nota.

—Algo mejor que todo eso.

—Vaya, te has vuelto rica, así, de pronto.

—Tibio, tibio.

—Te has comprometido con alguien y eso es tu anillo de novios.

—Tonto, yo no tengo novio.

—Vamos, ¡dime qué es! —A Martín le había picado el bichito de la curiosidad y quería desvelar el secreto.

Un chillido amigable, que venía desde el río, hizo que ambos dirigieran los ojos al agua. Era *Tino*, el delfín rosa, que había enviado su saludo. Luego se impulsó por encima de la corriente y pegó un salto mortal en el aire. Cayó produciendo un estruendo y volvió a brincar, y ahora lanzaba una señal que era, más bien, una sonrisa de amistad.

—Hola, *Tino* —le dijo Paloma, cuando el delfín rosa se acercó a la orilla, asomó la cabeza juguetona y alegre, y mostró las dos filas interminables de sus dientes.

Con toda la solemnidad que el acto requiere, la chica descolgó de su pecho la bolsita misteriosa. La abrió, con mucha cautela, y cogió entre los dedos la piedra mágica. Los destellos dorados que salían del corazón de la gema negra, por unas minúsculas rendijas, relucían cegadores a pesar del sol que deslumbraba en la esplendorosa mañana, amarilla y brillante.

—¡Taachán tachaaánn: la piedra mágica del Pez Dorado!

Martín la cogió entre sus dedos. La palma de su mano se iluminó, y también su rostro, como si hubiera atrapado un rayo de oro incandescente.

—¿Le puedes pedir el deseo que gustes? —preguntó ilusionado.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no le pides uno?

—Solo uno... que los favores se gastan.

Con cautela y suavidad, Martín depositó en la mano de su amiga la gema negra.

La chica cerró los ojos y pensó unos instantes.

—Siempre he querido conocer el lenguaje de los animales —dijo como si confesara un secreto. Apretó con fuerza la piedra mágica y pidió—: Por favor, quiero saber de qué hablan los animales... quiero oír sus voces, hablar con ellos... por favor...

Martín tragó saliva y agrandó los ojos, tanto que sus negras pupilas parecían navegar en el mar blanco de su mirada.

—...y también que las entienda mi amigo Martín —concluyó Paloma.

Los chicos abrieron los ojos como luceros... pero no pasó nada.

—Es que... —se disculpó Paloma.

Martín frunció el ceño y encogió los hombros al mismo tiempo.

—Incrédulos —dijo una voz—, en la vida hay que tener mucha fe y los milagros vienen solos.

Los chicos se volvieron hacia *Tino*, el delfín rosa del Amazonas.

—¿Has sido tú...? —le preguntó Martín, muy emocionado.

—¿Tú? —insistió Paloma.

—¿Y por qué no? —les dijo *Tino*.

Entonces, los dos chicos descubrieron que los pájaros en sus cantos cuentan historias, declaran su amor a grito pelado y se recriminan cuando algo no les gusta; que las abejas susurran unas largas letanías mientras buscan la miel; las serpientes, con sus silbidos, tratan de hacer menos evidentes sus confidencias y los monos se burlan unos de otros cuando parlotean en ese lenguaje suyo, casi humano. Pero quienes tenían un lenguaje admirable y hasta casi poético eran los delfines rosa, que además lo emitían debajo del agua; sus ondas sonoras se expandían por los remolinos del río, como quien no quiere la cosa, y podían ser escuchadas en varios kilómetros a la redonda.

Paloma y Martín estaban encantados de oír a su amigo *Tino*, el delfín rosa del Amazonas.

—También las flores tienen un lenguaje maravilloso y los árboles y el viento cuando acaricia y se embriaga de verde —dijo el delfín.

—¿Y de qué hablan?

—De todo, como nosotros, pero en estos días nefastos se quejan y sufren de lo malos que se han vuelto los animales supuestamente más inteligentes.

—¿Y quiénes son esos animales malos?

—Los hombres... —respondió *Tino*.



2.

## LA FUGA DEL MONSTRUO



Una monstruosa carcajada retumbó en medio de la selva. Los grandes pájaros batieron sus alas, asustados, sacudiendo el aire como inmensos abanicos, y las aves pequeñas huyeron de sus nidos pintando de mil colores la espesura del bosque.